

LUIS DIEZ DEL CORRAL

COLOQUIO SOBRE AUTOMACION

Coloquio sobre automatión

Intervención oral del Académico de Número

Excmo. Sr. D. LUIS DíEZ DEL CORRAL

El trabajo del señor Viñas Mey me parece muy laudable por la seriedad con que está hecho, la aportación de datos, el rigor del análisis, la toma de posición personal, etc. Estoy de acuerdo con muchos puntos de vista expuestos por nuestro compañero; mas creo que enfoca el problema de la automatión separándolo de un contexto que debe ser tenido en cuenta para comprender los problemas psico-sociológicos que la automatión plantea. Porque si hoy se ha llegado al estadio de la sociedad industrial, productora de bienes de consumo en masa, ha sido gracias a una serie de factores muy diversos, desde las categorías metafísicas hasta los descubrimientos de nuevas fuentes de energía, pasando por la racionalización del trabajo; y, en última instancia, la automatión no supone una radical novedad. El esquema de la máquina como un autómeta está presente en las obras de los grandes pensadores europeos del siglo XVII: autómeta es, por definición, el animal para Descartes; cual autómeta funciona el Estado para Hobbes, por mítica que resulte la apariencia de Leviathan. La noción de la máquina como algo que funciona automáticamente... (interrupción del señor Gual Villalbí).

Lo que quiero decir es que gran parte de las malas consecuencias psico-sociales que se atribuyen a la automatión, son imputables a un proceso general dentro del cual la automatión es un elemento muy importante, pero no aislable.

Participo en la nostalgia que el señor Viñas siente por un pasado laboral más o menos áureo que nuestra civilización técnica va haciendo desaparecer. Y cuando hablo de áureo no me refiero a vagas idealiza-

ciones, sino a cosas muy concretas, como esas eras doradas de Castilla, tan parecidas a las que nos pinta el libro de Ruth. Dentro de poco tiempo no podremos comprender el íntimo sentido poético-religioso de muchas páginas de la Biblia. El Quijote, pasados unos cuantos lustros, no será mucho más inteligible para nuestros descendientes. Percibirán acaso mejor que nosotros la intención secreta de la obra; pero no los olores, el sabor, la frescura que se desprenden tan al vivo del libro de Cervantes.

Dentro de algún tiempo desaparecerán acaso también esos herederos del sembrador y del segador que son en nuestros días el tractorista y el conductor de las grandes cosechadoras. El contacto que, a pesar de las chapas de acero y el petróleo, siguen teniendo dichos trabajadores con la Naturaleza, es posible que también desaparezca en cuestión de pocos lustros. Al menos, resulta concebible que los grandes campos cerealistas de Norteamérica o Ucrania sean labrados por divisiones de máquinas dirigidas desde una lejana estación de control. Pero la cibernética no será responsable de que hayan desaparecido las poéticas eras; limitase a rematar un proceso de industrialización de la agricultura.

La automación no es un *novum absolutum*, sino un estadio más avanzado de un largo proceso cuyos comienzos se encuentran en los arquetipos ideales del automatismo en el siglo XVII. Ya en los siglos finales de la Edad Media se sentía devoción por la máquina como utensilio, y como categoría para comprender la realidad. Los historiadores de la Economía ponen de relieve que a fines del Medievo había más máquinas en la sociedad europea que en cualquier otra, incluida también la clásica en su período más avanzado. Si Galileo concibió el funcionamiento del cosmos en términos de mecánica celeste, fue porque los europeos ya estaban habituados al manejo de las máquinas.

¿Hasta dónde pueden llegar las raíces de este proceso? Evidentemente se puede ir muy atrás. No hace muchos años estuvo en Madrid el profesor Ernst Kantorowicz, famoso en plena juventud por su libro sobre Federico II, y dedicado más tarde a estudiar la civilización bizantina. Era un hombre comunicativo y muy locuaz, y una noche, de sobremesa con otros amigos, emprendió una diatriba contra San Agustín, atacándole por haber concedido la primacía al principio de la voluntad sobre el principio del conocimiento contemplativo, imperante en el mundo de la Iglesia Oriental. En San Agustín encontraba el profesor de Princeton la raíz del dinamismo occidental, que iba a desembocar en la utopía, tan realizable, del progreso, con los riesgos espi-

rituales y existenciales sobre los que no es preciso insistir en nuestra época.

Traigo a colación esta anécdota, porque se suele abusar de la referencia al Antiguo Testamento para justificar el afán de explotación de la Naturaleza por el hombre occidental, cumplidor de un mandato divino expuesto ya en el Génesis. Evidentemente, sin el cristianismo, hablando en términos puramente humanos, no se habría configurado la noción rigurosa de máquina y la creencia en la sumisión servicial de la Naturaleza, supuesto necesario para el desarrollo de la civilización técnica en que vivimos. Al menos, las otras grandes religiones de la humanidad no se han mostrado tan fecundas en este orden de cosas; por el contrario, han solido cohibir el afán natural del hombre por mejorar sus condiciones de vida. Ahora bien, el cristianismo contenía tal posibilidad, pero no era forzoso que la pusiera en práctica. Caben formas de sociedad cristiana propensas a la especulación contemplativa y hostiles a la producción de bienes materiales, o en las que ésta se efectúe a un respetable nivel técnico, pero en virtud de impulsos tradicionales, sin contacto con las fuentes vivas e innovadoras del pensamiento. Es lo que ocurrió en Bizancio, ese mundo cuyos valores destacan más cada día a los ojos del enloquecido *homo faber* surgido del seno de la Iglesia latina.

Dejando aparte estas consideraciones histórico-religiosas, cabe sostener que, de todos los modernos inventos, los relativos a la cibernética son los que más admiración merecen, porque con ellos el esfuerzo humano de apoderamiento de la Naturaleza ha venido a concluir en una especie de espiritualización de la materia. Por eso me permito discrepar del señor Viñas cuando afirma que la automatización significa la materialización del hombre y la servidumbre del trabajo. Evidentemente, sin una dedicación, incluso física, a éste, es difícil de comprender el mundo europeo, incluso en los planos más elevados de la vida cultural. Cuando en la China de Mao Tse-Tung se les obliga a los intelectuales a dedicarse periódicamente durante unos meses al duro trabajo en las fábricas, se sigue un imperativo ideológico; pero siempre será conveniente buscar un sucedáneo al esfuerzo laborioso del hombre, hecho inútil por las máquinas automáticas, bien en la forma del deporte o en la de una cierta ocupación artesana, más o menos *amateur*.

El problema decisivo que desde el punto de vista social implica la automatización o los procesos técnicos vinculados con ella (y a esto también se refería el señor Viñas Mey, de manera expresa), es el

del ocio y su empleo. Presenta aspectos morales que han sido abordados por el Padre Dominique Dubarle en un libro breve, aunque muy sugestivo y actual. Pues el empleo del ocio no es problema cuya solución deba dejarse para un futuro lejano, dentro de treinta o cuarenta años, cuando haya aumentado la creación masiva de bienes y el tiempo de recreo para disfrutar de ellos. Ya hoy en día, para amplios sectores de la población en las sociedades industrializadas, es un problema crucial el del exceso de ofertas que la técnica brinda y a las que resulta muy difícil renunciar. Precísase con frecuencia realizar un esfuerzo ascético de desprendimiento para poder ceñirse al goce de lo que nuestra condición humana es capaz de asimilar.

Los microsurdos nos ofrecen buen ejemplo. Gracias a ellos tenemos a nuestro alcance, prácticamente, toda la música, mientras que los más opulentos aristócratas, en las épocas de mayor fecundidad artística de nuestro continente, disponían de muy contadas oportunidades de audición. El ser tasadas les otorgaba, sin embargo, un valor, que decrece con la abundancia de las reproducciones mecánicas, accesibles para millones y millones de hombres. Existe en nuestra época una especie de borrachera de posibilidades estéticas, a la que nos dejamos arrastrar con harta frecuencia, cuando cogemos un coche y queremos ver cuatro catedrales en vez de una, y visitar a la carrera un par de museos, en vez de recrearnos sosegadamente mirando unos cuantos cuadros. En lugar de amoldar las cosas a nuestra capacidad de asimilación, pretendemos amoldar nuestra capacidad de goce a los ofrecimientos enormes que la técnica nos hace. Y el riesgo que se corre —el señor Viñas lo señalaba el otro día, y me sumo a sus observaciones totalmente— es que el hombre no solamente se trivialice en el uso de su capacidad sensitiva o imaginativa, sino que incluso se le reduzcan esas capacidades, que han ido desarrollándose a lo largo de un lento proceso educativo.

Justamente el exceso de ocasiones de fruición puede traer consigo que la sensibilidad humana entre en un proceso regresivo. Es éste un fenómeno de suma importancia, y la cibernética contribuirá a tan fatales resultados. Sin embargo, y con esto terminó, creo que, en el fondo hay peligros mayores. Hace unos días, leía en uno de los números de los *Futuribles*, publicación dirigida por Bertrand de Jouvenel, un cálculo de las aplicaciones que se abren a la automatización. Muchas de ellas encierran serios peligros; pero, seguramente, son menores que los que implicaron las transformaciones radicales que en la industria textil produjo la primera revolución industrial.

Calcúlase que en los trabajos de oficina la automatización puede producir el desempleo de un 25 por 100 del personal, que será absorbido sin grandes dificultades por otros sectores de la economía. La automatización liberará de un trabajo rutinario a los que ejercen profesiones liberales: búsqueda de sentencias, interpretación de síntomas médicos, operaciones de traducción, etc. Casi todas las traducciones que se hacen en los congresos o conferencias son detestables, mucho peores que las habituales en el siglo XIX. ¡Bendito sea el día en que las máquinas realicen este trabajo, para que los traductores puedan dedicarse con más calma y contento a la obra bien hecha! Empleo muy eficaz, aunque más enojoso para el público, están teniendo también las máquinas calculadoras en materia de impuestos.

Si se examina la serie de posibles aplicaciones de la automatización, descúbrese que no son tan peligrosas sus consecuencias como las resultantes de otros saltos técnicos que se dieron durante la primera revolución industrial. Acaso ello sea así porque las máquinas automáticas aproxímanse en sus operaciones a las que el hombre realiza a través de sus más delicados órganos. El 80 ó 90 por 100 de nuestras operaciones cerebrales puede llevarlas a cabo una máquina IBM. Hay una especie de parentesco entre el hombre y tal máquina, y será factible lograr entre ambos una compenetración que no puede existir cuando se trata de máquinas más toscas, más rudimentarias, y, por lo tanto, más inhumanas.

Al contemplar una máquina IBM, tan limpia, tan bien terminada, se le mira con cierto respeto, y hasta se siente una especie de terror ante las prodigiosas facultades que posee, casi espirituales o sustitutivas de las espirituales; pero, en última instancia no puede menos de descubrirse cierta solidaridad con aquella parte de la materia que está tan próxima al hombre o, mejor dicho, que el hombre ha acertado a apropiarse en medida tal que las células cerebrales descargan sobre ella enojosas tareas.

Me siento más optimista que el señor Viñas Mey. Por difícil que sea la asimilación del revolucionario avance de la cibernética, nunca creará el proletariado que los avances de la primera revolución industrial engendraron, y que se convirtió en tema obsesivo, tanto para los pensadores socialistas, como para los pensadores liberales con mayor sentido de la responsabilidad. El fenómeno será más humanizable. Sin duda, que acarreará muy serios cambios de orden jurídico, financiero,

sindical, etc., a los que tanta atención ha prestado el señor Viñas Mey; pero, en términos generales, viendo el fenómeno desde un ángulo histórico, que es el que me compete, y situándolo dentro de su contexto evolutivo, que viene de muy atrás, no creo que deba alarmarnos tanto como pretende nuestro colega.